

DE BUENAS LETRAS

Un viento que viene de Avalon

JOSÉ VICENTE PASCUAL

DE LA ACADEMIA DE BUENAS LETRAS DE GRANADA

En memoria de José Antonio Iglesias.
(Tenerife - 11/06/2016)

Ayer corría el alisio un poco sombrío, espeso entre nubes cenicientas. Cuando el alisio se pone industrial, huérfano de la luminosidad ligera que lo lleva y lo trae por el océano como música a una bailarina, las cabezas en la isla también rinden servidumbre al volcán, agrisan los pensamientos y el peso de las rocas negras puede más en el espíritu que la danza desenvuelta del rizado de las olas. La gente camina tristonja y sorprendida, abrumada por la atmósfera de

lava densa como el tiempo entre bostezos que se pierde y no dejará tras su paso más que vida quemada.

Así andaba un servidor, entre melancólico y enfurruñado contra el viento torcido, cuando llegué hasta mi casillero para el correo, situado calle adelante, a unos doscientos metros de casa (en la isla, las cosas tienen su lógica que es otra lógica). Y encontré de súbito el libro recién publicado que José Antonio Iglesias tuvo la amabilidad de enviarme poco antes de fallecer: 'Un viento que viene de Avalon'. Ya se arregló el día, con el abrazo último del amigo al que nunca más podré abrazar. Si el alisio no corre en la tonada risueña de su natu-

ral, el amigo poeta acude en remedio con otro viento no menos amable y poderoso: el de sus versos nacidos bajo el susurro de Avalon. Y Avalon, hoy, es nombre del más allá, un rumor de palabras hermosas surgido desde la niebla en el mundo alejado del presente, más lejos del triste hoy que el eterno del que, dicen, surgió la palabra por lo que siempre fue: el origen.

De regreso, confortado el ánimo y reconciliado con el alisio y con todos los vientos de este mundo, aunque poco de acuerdo en la costumbre de morir que siempre se cumple a destiempo, pensaba en los pocos que somos, los pocos que quedamos, la muy poca gente que sigue teniendo por ley inquebrantable enviarse libros, escribir una escueta y cariñosa dedicatoria, satisfacerse los días y bendecir el tiempo con el maravilloso obsequio. Sí, cada vez somos menos. Llevamos camino de convertirnos en una feliz agradecida sociedad secreta: la de odores de días y vientos, curadores de libros y recordadores de amigos. No sé por qué se me representa que cuanto más oscuros sean los días por fuera, más radiante será nuestro pequeño gozo interior, la celebración del viento, los libros, la amistad... La veneración en la memoria de los amigos que ya no están pero siempre estuvieron cuando eran necesarios. Pocos somos, en efecto. Y menos que vamos quedando.